

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

Desde niño me educaron para comer con vino. Para mí el vino era y es un acompañamiento del buen comer que ayuda a la digestión. Nunca se me ha ocurrido "conversar" una botella de vino y rechazo todo intento de convertirlo en aperitivo.

Al parecer, este principio gastronómico al que me he aferrado con firmeza y convicción, hoy, como tantos otros de mis principios inamovibles, se encuentra obsoleto. Así lo pude comprobar noches atrás en una reunión con unos queridos amigos.

Hacia tiempo que no nos veíamos; la conversación estaba salpicada de recuerdos nostálgicos y sabrosas anécdotas. Todo iba muy bien hasta que el dueño de casa nos invitó a pasar a la mesa. Botellones de tinto y del otro la adornaban prometedoramente. Muy pronto nuestras copas estaban llenas. Me pareció que la ocasión ameritaba un brindis e invité a los comensales a levantar sus copas. Estaba por iniciar mi emocionado brindis, que sería un homenaje a la amistad que nos unía, cuando sucedió algo insólito. Uno de los comensales se llevó la copa a la nariz y olió su contenido. Los otros hicieron lo mismo. Yo me escandalicé, sabiendo como sabía que está fuera de

toda regla de etiqueta oler la comida o el vino. Uno de los olfateadores dijo sentenciosamente: "Aroma de piñas maduras". Otro replicó: "Yo diría que es fragancia de manzanas verdes". El dueño de casa terció: "Hay un dejo de aroma de madera: es un vino que ha sido criado en barricas". Se desató entonces una discusión general, mientras yo trataba inútilmente de iniciar mi brindis. Al parecer hubo acuerdo unánime cuando alguien dijo: "Definitivamente este vino tiene buena nariz; veamos cómo sabe en la boca". Y aquí mi escándalo llegó a su grado máximo cuando vi a mis amigos, todos bien educados y de buena familia, echarse un trago a la boca y comenzar a hacer buchec con él. "Tiene una entrada triunfal", dijo uno, y los demás continuaron: "Aquí el sabor de fruta se hace más evidente. Es sabor a murtilla". Y luego siguieron con "buena acidez"; "es un blanco juvenil muy bien logrado"; "cuerpo medio; "yo diría que su principal

¡Salucita!

25-9-96

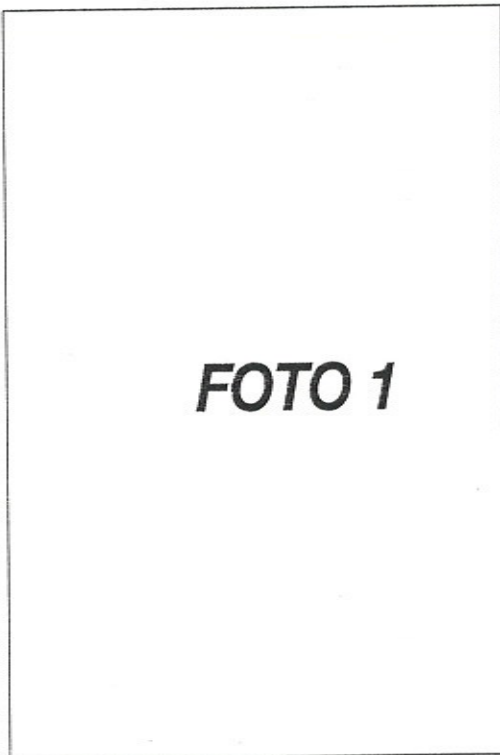


FOTO 1

cualidad está en su equilibrio"; "es ácido en los costados".

Esta última observación dio origen a una larga discusión. Finalmente se llegó a una transacción por la que se declaraba que si

bien el vinillo en cuestión era ácido en los costados, era amargo al final de la lengua.

Yo estaba aún con la copa en la mano, asombrado de que se pudieran decir tantas cosas enigmáticas de algo tan simple, y que yo había practicado desde la niñez, como era beber una copa de vino.

El dueño de casa me miró y al darse cuenta de mi silencio, me puso entre la espada y la pared: "Si estás tan callado es porque no compartes nuestra opinión sobre el vino que estoy ofreciendo. Di cuál es tu apreciación, porque me han dicho que eres un gran catador".

Apelé rápidamente a mi imaginación. No podía quedar como un simple bebedor de vino en las comidas delante de estos eminentes catadores que se han puesto de moda ahora último. Tenía que inventar algo y rápidamente.

"Yo creo que ustedes han omitido la principal característica de este vino -me escuché diciendo-, pero para

mí se caracteriza por un cuerpo enjuto, de reminiscencias alejandrinas y con una fuerte concentración de plumas reales".

Me quedaron mirando con admiración y un sí que no es de envidia. "Ahora que tú lo mencionas, tienes razón: yo había advertido lo de las reminiscencias alejandrinas, pero fallé en valorizarlas", dijo uno. Y otro: "Yo estaría de acuerdo en eso del cuerpo enjuto, pero concédeme que también tiene algunas redondeces".

El dueño de casa, que seguramente había querido humillarme y dejar al descubierto mi ignorancia cuando me desafió a dar mi opinión, reconoció hidalgamente mi superioridad. Dijo: "Tú sabes más de vino que nosotros. Seguramente seguiste cursos de somelier en París o en Londres. Di ahora tu brindis, maestro".

Yo pensé en las palabras que había preparado, en todo aquello de la amistad y el compañerismo, pero ya no me sabían sinceras esas palabras, al comprobar que mis amigos se habían convertido en unos esnobs del vino, unos pedantes que arruinaban todo el placer de beber. Así que simplemente levanté mi copa y dije: ¡Salucita!